



ESTUDIOS DE LA GUBERNAMENTALIDAD: LA SUBJETIVIDAD COMO CATEGORÍA DE LA POLÍTICA

GOVERNMENTALITY STUDIES: SUBJECTIVITY AS A CATEGORY OF THE POLITICAL

Vanina Papalini

CIECS – Investigadora CONICET

vaninapapalini@gmail.com

Marcelo Córdoba

CIECS – Becario CONICET

superlego04@gmail.com

Leonardo Marengo

CIECS – Becario CONICET

soloporlasdudas@hotmail.com

Resumen

Este artículo consiste de una referencia razonada a un conjunto definido de conceptos desarrollados en el seno de lo que ha llegado a conocerse como estudios de la gubernamentalidad. Comienza narrando sucintamente las vicisitudes conceptuales de un grupo de estudiosos anglosajones cuya apuesta intelectual, inspirada en gran medida por la analítica foucaultiana del poder, fue pensar la política sin reducirse—ni privilegiar—al Estado en tanto principio explicativo. A continuación, tras poner el foco sobre la noción de “procesos de subjetificación”, demuestra en qué sentido la conformación de subjetividades adquiere un lugar central en el marco del análisis del poder político moderno. La relevancia complementaria que para dicho enfoque presentan las



“racionalidades” y las “tecnologías”, el pensamiento y las prácticas, es ilustrada a partir de la consideración del papel desempeñado por las disciplinas “psi” en la constitución de sujetos gobernables en el contexto de las democracias liberales. Finalmente, el artículo concluye aludiendo al interés creciente del que son objeto las biotecnologías en los últimos estudios de N. Rose.

Abstract

This article entails a reasoned reference to a set of concepts developed within what has come to be known as governmentality studies. It starts with a brief account of the conceptual vicissitudes undergone by group of English speaking scholars whose intellectual commitment, inspired largely by Foucauldian analytics of power, was to think about politics without positing the state as its explanatory principle. Then, after setting the focus over the notion of "processes of subjectification," it shows how the shaping of subjectivities becomes a central feature in the analysis of modern political power. The complementary relevance that is taken over in such an approach by "rationalities" and "technologies", knowledge and practice, is illustrated by a consideration of the role "psy" expertise has played in the constitution of governable subjects in liberal democracies. Finally, the article concludes with an allusion to the growing interest directed to biotechnology in N. Rose's recent studies.

Palabras clave: Gubernamentalidad, subjetificación, anglofoucaultianos, Rose.

Keywords: Governmentality, subjectification, Anglofoucauldians, Rose.

Introducción: los estudios de la gubernamentalidad y las ciencias sociales

¿Existe una escuela de autores “anglofoucaultianos”? ¿Hay un área que pueda denominarse “estudios de la gubernamentalidad”? Si la respuesta dependiera



de Nikolas Rose, Peter Miller, Paul Rabinow o Pat O'Malley, seguramente sería negativa. Estas construcciones teóricas *a posteriori* son una suerte de homogeneización y convergencia producto de la exterioridad que produce la reconstrucción del pensamiento contemporáneo. Desde la minucia de las trayectorias singulares, narradas por sus protagonistas, se ve distinto: nunca existió una voluntad manifiesta, un proyecto específico, un grupo trabajando sistemáticamente en función de una búsqueda común. Eso no significa que el procedimiento de la crítica, que constituye continentes donde hubo archipiélagos, sea inválido. Es innegable que un grupo de jóvenes marxistas ingleses, con intereses en la psicología y la psiquiatría, comenzaron su recorrido por el lugar donde el legado teórico de Marx propone: en las cuestiones de la ideología y la conciencia. Pero para las preocupaciones de los '60, la respuesta del marxismo era insuficiente. Una misma y urgente inquietud los movió hacia Canguilhem, Foucault, Deleuze y varios autores posestructuralistas y estructuralistas de la época, incluyendo un pasaje rápido por las teorías de la semiótica y lingüística (Propp, Bajtín, Benveniste) y hasta algunos intentos de acercamiento al pensamiento de Lacan. El propio Rose señala que no se trata de ser un "erudito" especialista en un autor—como él mismo que, siendo un buen conocedor, no es un experto en Foucault—, sino de apropiarse de sus herramientas teóricas para desarrollar las propias ideas¹. El mismo Foucault, desenfadadamente se diría, hizo una interpretación "libre" de las sectas helénicas, para desarrollar las nociones centrales de su etapa ética. Si se quiere conocer con más precisión a la filosofía helénica, habrá que remitirse a Hadot (2002), Veyne (1996) y muchos otros especialistas que sintieron como una afrenta las interpretaciones foucaultianas en la medida en que se desentendía de la prolija investigación histórico-filológica. El mérito de Foucault no ha sido el de ser un investigador fiel a sus información empírica sino el de ser capaz de producir teoría, dando un salto imaginativo a partir de lecturas e indicios. Si la cualidad distintiva de la ciencia es fundamentalmente la creación, como sostienen Popper (1959), Wright Mills (1959) y Castoriadis (1975), es innegable que es ciencia, ciencia social de auténtico valor, lo que



encontramos en este grupo. Más allá, por supuesto, de los acuerdos y diferencias que sus posiciones puedan suscitar.

Son muchas las áreas en las cuales los estudios de la gubernamentalidad han hecho sus aportes, de la criminalística a la bioética, de la sociología y la política a la psicología, por lo que resulta difícil una evaluación general. En este artículo preferimos, entonces, concentrarnos en algunos aspectos particulares que facilitaron la navegación de áreas y temas en donde la investigación social no se aventuraba o encontraba escollos difíciles de sortear, y problematizaron aspectos que se daban por sentados. De este movimiento intelectual, heredero de los debates de los '60 y '70 en el Reino Unido que se apartan de los caminos de la *New Left* para volcarse más decididamente a los estudios de la subjetividad, surgen aportes que creemos importante sistematizar, en el momento en que las trayectorias individuales de sus participantes, confluentes por un tiempo, comienzan a abrirse y hacer su propia senda.

Procesos de subjetificación

La categoría "subjetividad" está en el centro de las preocupaciones de este grupo, y fue justamente el móvil de sus desplazamientos hacia el postestructuralismo. La revista *Ideology & Consciousness*, el primer "proyecto" intelectual de producción y debate grupal que incluyó a algunos de los intelectuales de los estudios de gubernamentalidad, fue parte de este proceso. Según narra el mismo Rose: "Primero tachamos Ideología y luego Conciencia. Ni ideología ni conciencia nos servían para pensar los problemas que nos exigían desde la psicología y la psiquiatría".² La siguiente revista, construida artesanalmente y distribuida cooperativamente, fue *Politics & Power*, un título que ya configuraba esta perspectiva bajo una impronta foucaultiana. La apuesta intelectual de entonces fue pensar la política sin reducirse –ni privilegiar– el papel del Estado. El estudio de las estrategias de la gubernamentalidad incluye, de manera muy original para la época, la normalidad, la racionalidad y la sensibilidad (ethos, logos y pathos), mientras



los análisis políticos usuales atendían casi exclusivamente a la noma o los argumentos. Esta entrada al problema pone de relieve la dimensión subjetiva pues permite comprender la interfaz entre el gobierno de los sujetos y los sujetos, es decir, articula un nivel “molar” con uno “molecular”, a través de prácticas discursivas y no discursivas, afectos y valores.

Rose proporciona claves específicas para pensar los procesos que denomina de “subjetificación”, articulando las nociones foucaultianas de subjetivación y sujeción como parte de una misma dinámica. Es importante destacar que en su aplicación al campo social, estos conceptos se traducen de manera eminentemente práctica y técnica. El énfasis en estas dimensiones “productoras de experiencia” funda *el imperativo de la especificación*, puesto que las prácticas y las técnicas son innumerables y variadas, esto es: son diferentes para cada sociedad y cultura, y en cada momento histórico. Como sugiere Rose, los conceptos son más importantes por lo que “hacen” que por lo que “quieren decir”. Lejos de tratarse de categorías totalizantes, estas herramientas conceptuales son sumamente adaptables a los diferentes casos de análisis: tal tarea depende del analista, que ha de ser, al mismo tiempo, un arqueólogo, un teórico y un sociólogo de vocación empírica. La enorme capacidad heurística de estas categorías posibilitó a este grupo de intelectuales referirse a la dimensión social sin que se produzcan los crujidos que se escuchan cuando quieren aplicarse nociones filosóficas para describir procesos fenomenológicamente observables. De allí su valor para las ciencias sociales y políticas.

Rejillas de especificación

La subjetividad se vuelve así una categoría central, no metafísica, no inmanente, un efecto de procesos de subjetificación, que no puede ser deducida simplemente de procesos sociales mayores y generales, como producto o resultado de un conjunto de factores identificables. Resulta pues necesario desarrollar una perspectiva antihermenéutica que se traduzca en una combinación equilibrada entre una interpretación no fenomenológica o



empirista en sentido lato –vemos aquí la marca de marxismo, pues la comprensión de la sociedad no surge de la observación inmediatamente asequible-, pero que tampoco se regodea en una asignación de sentidos desprendida completamente de la lectura de lo social.

“A mi entender, no pueden establecerse relaciones cambiantes de subjetificación por derivación o interpretación de otras formas culturales o sociales. Los modos como los seres humanos ‘dan significado a la experiencia’ tienen su propia historia. Los dispositivos de ‘producción de significado’ —grillas de visualización, vocabularios, normas y sistemas de juicio— producen experiencia; no son producidos por ella (...) Estas técnicas intelectuales no se presentan listas para usar; es preciso inventarlas, refinarlas y estabilizarlas, diseminarlas e implantarlas de diferentes maneras en diferentes prácticas: escuelas, familias, calles, lugares de trabajo, tribunales. Si usamos el término ‘subjetificación’ para designar todos esos procesos y prácticas heterogéneos por medio de los cuales los seres humanos llegan a relacionarse consigo mismos y los otros como sujetos de cierto tipo, la subjetificación tiene entonces su propia historia. Y esa historia es más práctica, más técnica y menos unificada de lo que permiten suponer las descripciones sociológicas” (Rose, 2003: 218-219).

Esta larga cita de Rose tiene la virtud de explicar cómo concibe la dimensión técnica -como grilla que modula la experiencia-, de insistir en la necesidad de acciones concretas para que tales técnicas se implanten y se hagan de uso común, en espacios e instituciones sociales concretos, y en la insistencia en la diversidad, la no unicidad de estos procesos, toda vez que para “darse” requieren “anclarse” concretamente. En su última etapa, la actual, es justamente la peculiaridad de las técnicas, objetivos y marcos normativos lo que le permite insistir, desafiando las críticas, que la biogenética contemporánea es distinta de la eugenesia: se trata de otro tipo de de intervención sobre los cuerpos que no se relaciona directamente con dicho antecedente. Cambia el propósito, el marco histórico-político y el tipo de tecnología. El tratar el presente como si fuera continuidad de lo mismo, descarta el problema de su examen atento y una comprensión de la ciencia en sus propios términos –que requiere involucrarse, como él mismo lo está haciendo, en los proyectos de desarrollo biocientíficos. El análisis reclama una fuerte especificación.



La cita, tomada de uno de los pocos artículos traducidos y publicados en español, aparece, curiosamente, en una compilación de textos de los Estudios Culturales editada por Stuart Hall y Paul Du Gay. Sin embargo, esta inclusión no debería conducirnos a asumir a Rose como parte de estos estudios de quienes abiertamente el autor se diferencia. El mismo texto está contenido, con algunas variantes, en *Inventing our selves*, publicado en 1996. La confusión que se produce a veces en cuanto a la relación entre ambas perspectivas se funda en que ambas insisten tanto en las *prácticas*, en cuanto concepto clave, como en la *especificación*, entendida como una modalidad de acercamiento al problema y una exigencia de la investigación. Sin embargo, en los estudios de la gubernamentalidad, las prácticas se amalgaman con las *técnicas*: en este punto, los anglofoucaultianos no remiten a la versión gramsciana que propugnan los estudios culturales sino que establecen una articulación entre humano e inhumano (en clara y explícita articulación con las teorías de Bruno Latour, 2005). Esta imbricación armoniza perfectamente con las lecturas deleuzianas del grupo ya que la interacción puede entenderse como un “hacer máquina”, en la cual sujeto y objeto se indiferencian, se complementan y funcionan al unísono (Rose, 1989, 1996). Y también es constituye un hilo que tracciona, específicamente a Rose, hacia un interés por las biotecnologías que no carga con prejuicios humanistas.

Finalmente, como tercer rasgo de gran diferenciación con los estudios culturales, puede observarse que en los anglofoucaultianos hay una teorización específica sobre la subjetividad –de claro cuño foucaultiano-deleuziano-canguilhemiano-, que en los Estudios Culturales no se encuentra. Para estos últimos, la subjetividad resulta como la *summa* de condiciones, prácticas y representaciones. El concepto aparece y es invocado en numerosas ocasiones pero, nos permitiremos señalar, carece de un fundamento que sea capaz de comprender su dinámica propia.



Gubernamentalidad

El interés que Rose ha manifestado por las estrategias, prácticas y técnicas lo llevó a preguntarse por los instrumentos de la gubernamentalidad. Nótese que el neologismo retiene la noción de “mentalidad”, matiz que ubica a estas actividades dentro de una lógica práctica o, en las palabras de Rose, llama la atención sobre cuánto la actividad de gobierno está ligada a la actividad del pensamiento. Pero este pensamiento nunca es una especulación por encima de los “gobernados” sino que se plasma en recursos, dispositivos, argumentos y medios que modelan la conducta de los sujetos. La novedad en relación a Foucault es que esta comprensión del poder es estudiada por fuera de las instituciones “totales” y mucho más cerca de la construcción de la “verdad” del presente cotidiano. A esta luz resalta lo que aquél denominaba “superficies de emergencia”. Éstas constituyen planos de inteligibilidad sobre los que se proyectan, ingresando en un determinado “sistema de visibilidad”, los *objetos* producidos por particulares *procesos* de problematización (Rose, 1996: 61). Los problemas prácticos de la vida cotidiana no se hallan presentes de antemano, esperando a ser descubiertos. Ellos son, antes bien, el resultado de las “problematizaciones” que han logrado definir determinados aspectos conflictivos de la existencia humana, volviéndolos disponibles a ser pensados e intervenidos (Rose, 1996: 11).

De poco sirve definir un problema si no ha de plantearse una posible solución. La regulación de la conducta de los sujetos en un determinado sentido depende de la aplicación, por parte de las autoridades pertinentes, de ciertas normas consagradas por algún cuerpo de conocimientos legítimos. El análisis de una determinada práctica o estilo de gobierno se desdobra, en consecuencia, entre las “racionalidades” o los “programas” y las “tecnologías” (Rose & Miller, 2008: 15). Por un lado están las concepciones específicas de la naturaleza del ser humano y los ideales reguladores de su comportamiento, y por otro, los instrumentos, medios técnicos y arreglos organizativos correspondientes a estos efectos. En suma, el énfasis recae sobre el arraigo de los instrumentos de la gubernamentalidad en algún “régimen de verdad”



determinado—y aquí cobran especial relevancia las ciencias sociales y humanas (Rose, 1996).

De todo lo dicho se desprende que el problema del gobierno es consustancial a la cuestión del “lenguaje”, siempre y cuando no nos detengamos tanto en lo que el lenguaje *significa*, sino más bien en lo que éste es *capaz de hacer*. Los efectos sociales y políticos del conocimiento científico se actualizan a través de tecnologías cuya operatividad queda a cargo de las autoridades competentes.

“Las prácticas de gobierno son intentos deliberados por dar forma a la conducta de cierta manera y en relación con ciertos objetivos. Los intentos, desde el gobierno, deben ser formalmente racionalizados en declaraciones, políticas, panfletos y discursos (...) pero otros están menos articulados formalmente; existen en la forma de una variedad de racionalidades instrumentales dentro de tipos particulares de prácticas (...) algo en cierta medida captado en una multitud de palabras capaces de describirlo y representarlo: educación, control, influencia, regulación, administración, gestión, terapia, reforma, guía” (Rose, 1999: 8).

El estudio de la gubernamentalidad equivale a la adopción de una perspectiva desde la cual es posible analizar el ejercicio del poder político “más allá del Estado” (Rose & Miller, 2008). El Estado no es ni el centro organizador del poder político, ni el principio explicativo de las estrategias de gobierno. Por el contrario, es el propio ejercicio del mando estatal el que se sostiene en el despliegue descentralizado, a lo largo de todo el espacio social, de los múltiples y heterogéneos instrumentos no estatales de gubernamentalidad. Este enfoque permite superar la esterilidad interpretativa de los clásicos binarismos analíticos público/privado, sociedad civil/Estado, individuo/comunidad, gobierno/mercado. Demuestra, además, la necesidad de investigar conjuntamente las dimensiones interdependientes de la vida personal, la vida social y la vida económica (Rose & Miller, 2008).

Rose, con todo, es taxativo al restringir la validez de sus conceptos y de las conclusiones de sus pesquisas empíricas a un contexto espaciotemporal acotado. El estudio de la gubernamentalidad, tal como los autores anglofoucaultianos lo han practicado, se ha comprometido típicamente con las racionalidades y los programas políticos desplegados, en el curso de los dos



últimos siglos, en las democracias liberales de Europa y Estados Unidos. La apuesta de este compromiso ha procurado elucidar los modos autorizados de “conducir la conducta” de los individuos que componen un régimen político cuyo principio de legitimidad coarta la injerencia estatal en sus esferas privadas. Entendido como un modo, complejo y heterogéneo, de racionalidad gubernamental, antes que como una filosofía o teoría política sistemática y coherente, el liberalismo adquiere el carácter de una configuración estratégica de programas expertos cuyo cometido es alinear los deseos y ambiciones del ciudadano con los objetivos y valores sociopolíticos. La libertad de los ciudadanos de las democracias modernas es una libertad “regulada”. En este contexto, paradójicamente, los individuos son “obligados a ser libres” en conformidad con determinadas normas y valores; sus acciones, en este sentido, adquieren una particular orientación en virtud del “gobierno a distancia” auspiciado por una red compleja de alianzas y compromisos entre las autoridades y los complejos de expertos (*expertise*) (Rose, 1999).

Concomitantemente, Pat O'Malley despliega, al analizar las lógicas del neoprudencialismo, una batería de argumentos que permiten entender cómo el proceso de vigilancia y control se ha introyectado (de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control y la vigilancia) y genera un “homo prudens” que se vigila a sí mismo, en su faz represiva, y es “empresario de sí”, en su faz proactiva (O'Malley, 1996). La categoría de gubernamentalidad impone un ejercicio sociológico, genealógico y psicológico sutil. El “panóptico” foucaultiano se desperdiga en una multiplicidad de microtécnicas en donde la mentalidad económica da un rasgo particular al control de las poblaciones: así, las multas resultan más atractivas para los regímenes capitalistas liberales puesto que no implican el gasto improductivo que suponen las cárceles. La modalidad de control se vuelve también despersonalizada, explica O'Malley, ya que no importa “quién” pague la multa (O'Malley, 2009).

A la luz de esta deconstrucción de los argumentos y las categorías del pensamiento político clásico surge la crítica a la (sacralizada) noción de libertad. En un gesto de audacia intelectual, las últimas páginas de *Inventing*



our selves (1996) se interrogan sobre su valor. Apropiada por igual por anarquistas y liberales, operativa como trasfondo de la crítica a la alienación marxiana, término favorito de *newagers* y de *neomanagers*, la libertad y su concepción revisada, en *Powers of Freedom*, un libro que sistematiza y contiene los principales conceptos desarrollados por Rose, dedica un capítulo especial, el segundo, a la noción de libertad: la autonomía es historizada y examinada como un argumento en cuyo nombre se teje el capitalismo neoliberal actual, que la asocia tanto al consumo como a la realización de uno mismo (Rose, 1999). Poner en duda uno de los más importantes valores foucaultianos puede servir de ejemplo para mostrar que estos pensadores no son una mera prolongación. Si la pregunta es tomada en serio, y si se hace el intento de imaginar qué otro valor rector opuesto a la libertad podría haber sustentado las sociedades occidentales, podríamos imaginar su opuesto: la dependencia, o interdependencia, en la forma de solidaridades y sujeciones amorosas. No es un ejercicio ocioso poner en cuestión los fundamentos del pensamiento crítico moderno.

No sorprende, entonces, que –siguiendo un tema más clásicamente foucaultiano-deleuziano-, la psiquiatría pase a ser así un interrogante que examina el límite entre lo normal y lo patológico. En el sentido de estos estudios, esto quiere decir preguntarse por los modos en que se define lo normal y lo patológico, en atención a valores y en situaciones ordinarias, no excepcionales, a operaciones concretas y a expertos que actúan como interfaces entre las dimensiones molares y las moleculares y ponen el conocimiento (este juego de saber-poder-verdad) en acciones. De allí el rol crucial que le asigna en la configuración y reconfiguración de la subjetividad. El libro *Governing the soul* (1989) da cuenta de estos procesos de una manera historizada, que permite ver su transformación. Se ocupa allí, en especial, de la importancia de la segunda guerra mundial y sus consecuencias en este cambio de modelización de los sujetos.

Ciertamente, puede pensarse que estas lógicas no se aplican a las grandes masas de los países empobrecidos con regímenes represivos. Sin



embargo, existe una combinación de procesos de subjetificación que sólo puede entenderse a través de un análisis más minucioso de las condiciones actuales. Los estudios sobre el *neomanagement* servirían para demostrar que, en la medida en que los procesos bajo escrutinio son parte del capitalismo mundial, las estrategias de construcción del sujeto requerido por el mundo del trabajo tienen una alta penetración. Es posible escuchar en la minería, como en los *call centers*, obreros que se definen en virtud de las aptitudes señaladas como fundamentales por el *neomanagement*.

Del economicismo al gobierno de la vida económica

Los estudios anglofoucaultianos vinieron también a recordar algo que lo económico es una dimensión constitutiva de la vida sociocultural. Esta arista, equidistante tanto de Foucault como de los Estudios Culturales ingleses, fue muchas veces desatendida. En el afán por depurar al marxismo de un economicismo dogmático, se perdió de vista el hecho de que la distinción entre las esferas económicas y socioculturales reviste un estatuto exclusivamente analítico. No hay prioridad ontológica de una sobre la otra, sino una estrecha interdependencia, como bien lo supo la sociología clásica de Weber, Marx y Durkheim.

La crítica legítima, en sus fundamentos e intenciones liminares, se tornó paulatinamente en su reverso, es decir que, en el extremo, sostuvo una perspectiva tan reduccionista como el fantasma que pretendía exorcizar. En líneas hegemónicas del pensamiento social ligadas a los postulados generales del giro lingüístico, la pregunta por lo económico quedó atrapada en una suerte de dialéctica negativa, habilitando que las lecturas de las dimensiones socioeconómicas y socioculturales se estabilizaran a la distancia como objetos autónomos y antagónicos. La tesis economicista encontró una antítesis de composición heterogénea que no supo reintegrar de modo riguroso el vasto campo de problemas económicos a su esquema analítico. Algunos en nombre de la Superestructura, otros en nombre del Sujeto, Discurso, Cultura, Hegemonía, etcétera, fueron relegando lo económico a las sombras de



gabinetes especializados. Mientras Sujeto, Discurso y Cultura ocupaban el centro de la escena, las dimensiones económicas de la vida social comenzaron a escribirse con minúsculas. Este objeto se enajenó transformándose en materia específica, estrecha y plagada de tecnicismos. La economía política, la demografía y cierta sociología de corte positivista fueron designadas como los guardianes disciplinares legítimos de la cuestión. Así, la economía se sacralizó, se convirtió en materia experta, se separó de la vida cotidiana, y se recluyó en un ámbito que sorprendentemente pocos se animaron a profanar.

Inversamente, mientras esta suerte de olvido acontecía, los investigadores anglofoucaultianos trataron de mantener viva la pregunta por la vida económica como una cuestión estrictamente social, política y filosófica. Propusieron una lectura de las sociedades liberales avanzadas en la cual los conceptos de sujeto, cultura y vida económica conforman un diagrama en relación de continuidad. Esa disposición al estudio de la vida económica ya se encontraba presente en el pensamiento foucaultiano de los seminarios del Collège de France. El último período de la obra de Foucault evidencia cierta fascinación por un objeto de interés muy particular: el liberalismo, inaugurando un nuevo modo de concebir la práctica de gobierno. Nuevas tecnologías, nuevos saberes, nuevas racionalidades y nuevos objetos configuraron lo que Foucault denominó “gubernamentalidad biopolítica”: una determinada forma de ejercicio del poder que tiene como objetivo a la población (Rose, 1989: 5).

Los autores anglofoucaultianos recuperaron ese espíritu de la última etapa. Pusieron de manifiesto que para abordar el problema de la vida económica en las sociedades modernas resulta indispensable comprender la compleja serie de relaciones que se producen entre este plano y la vida subjetiva. A estos efectos, recurrieron a su característico impulso genealógico. El propósito de sus indagaciones se orientó entonces a elucidar los procesos contingentes que dieron lugar a la emergencia de problematizaciones en función de las cuales se definía un determinado dominio de la existencia humana, disponible para ser pensado y regulado prácticamente:

“La apuesta de este complejo proceso de articulación de la economía nacional en cuanto objeto a ser conocido, registrado, calculado e



intervenido es un giro decisivo en los principios del gobierno. El giro es desde la noción de que el dirigente no necesita más que extraer de sus súbditos cualquier riqueza que éstos produzcan, a la noción de que el dirigente debería procurar la renovación e incluso el aumento de tal riqueza” (Rose y Miller, 2008: 37).

Tal como apuntan estos autores, este giro no sólo situó el cálculo de los recursos económicos nacionales en el centro de los objetivos de gobierno. También entrañó la integración y el estímulo a las diferentes actividades de producción, consumo e inversión. Así las cosas, en lo que respecta a la vida económica, especialmente en el marco de la racionalidad política del liberalismo “avanzado”, gobernar no involucra únicamente al ordenamiento de actividades y procesos. El gobierno, además, “opera a través de los sujetos”:

“En esta medida, el gobierno es una cuestión ‘personal’, y muchos programas se han procurado la clave de su efectividad en el enrolamiento de los individuos en tanto aliados en la búsqueda de objetivos políticos, económicos y sociales” (Rose y Miller, 2008: 42).

En efecto, toda vez que las habilidades de los expertos competentes habilitan la traducibilidad entre normas consagradas, tecnologías de cálculo y formas de evaluación, por un lado, y los valores, las decisiones y los juicios personales de los ciudadanos en sus capacidades personales y profesionales, por otro, el gobierno de la vida económica puede funcionar en virtud de los mecanismos de “auto-regulación” de los individuos. Tanto en lo que respecta a las decisiones de inversión de la patronal, como al compromiso de los trabajadores con el interés de la empresa, el despliegue concomitante de ciertos programas y tecnologías ha permitido conducir “a la distancia” el comportamiento de los agentes económicos en aras del bienestar y el crecimiento de la nación. A través de los efectos de verdad y poder emanados de la legitimidad objetiva de que se revistieron algunos conocimientos especializados en la administración y el ordenamiento de la vida económica, se volvió posible operar sobre individuos “libres” y espacios “privados” sin la necesidad de contrariar el principio de su autonomía formal.



Conclusión: de la “psicologización de la ética” a la “etopolítica”

El diagrama descentralizado del poder político que ha definido a las estrategias de gobierno de las democracias liberales entraña una diversidad heterogénea de procesos de subjetificación. No sólo existen múltiples lenguajes capaces de representar a los sujetos; consustancialmente, la multiplicidad también se aplica a las modalidades técnicas en que se instaura la relación de los sujetos consigo mismos. Esta diversidad se despliega con arreglo a los diferentes aspectos prácticos de la existencia humana. No es lo mismo entenderse—y por tanto, actuar—como recluso de una prisión que como visitante de un centro comercial. Tampoco nos definiremos ni nos comportaremos en los mismos términos según nos situemos en la posición de hijo o la de cónyuge, en la de trabajador o en la de estudiante, en la de paciente del servicio sanitario o en la de votante, y así indefinidamente. Los procesos de subjetificación de los que seremos objeto cambiarán asimismo con arreglo a dimensiones como la edad, el género, la clase social, la etnia o la nacionalidad.

Así, si el ejercicio de las artes de gobierno se realiza a través de los sujetos, se podría afirmar que hallaremos tantas prácticas gubernamentales como clases de sujeto existan. Los autores anglofoucaultianos, con todo, no se abstienen de señalar la presencia de ciertos “parecidos de familia”, de determinados “estilos” de acción y de pensamiento que subtienden la compleja configuración gubernamental de cada momento histórico. Rose y Miller delimitan, en este sentido, tres distintas “familias de gubernamentalidad” constitutivas del ejercicio del poder político en las democracias liberales de occidente, a saber: el liberalismo clásico, el gobierno social y el liberalismo avanzado (Rose & Miller, 2008: 17-18). El despliegue de tales categorías heurísticas pone de relieve, por lo demás, la continuidad de un mismo “régimen del *self*” en el que arraigan los diversos procesos de subjetificación. La permanencia de este “régimen del *self*” se explica en virtud de una matriz discursiva y práctica trazada por los vectores conflictivos del campo de las ciencias aunadas por el prefijo “psi” (Rose, 1989, 1996).



El complejo experto (*expertise*) psi se erige como el detentor del monopolio de los medios legítimos para conocer y reformar la subjetividad y el comportamiento humanos. Él es el encargado, en el contexto de las democracias liberales de occidente, de “inventar nuestros yoes” a través de la asignación personal de una esfera de responsabilidad y “libertad regulada” (Rose, 1996). La concepción que los ciudadanos de estos regímenes políticos tienen de sí mismos obedece, ciertamente, a una representación subjetiva estructurada a partir de un espacio moral de interioridad, situado dentro de los límites de la corporeidad individual, entre el orden de lo intersubjetivo y el de lo fisiológico. Desde hace más de un siglo y medio, las autoridades políticas de las sociedades modernas de occidente han convocado a los distintos “ingenieros del alma humana” a los efectos de concebir, y operar sobre, sujetos gobernables a través de la racionalidad antes que de la compulsión física.

Cada configuración gubernamental particular exige la distribución de determinados rasgos subjetivos entre los miembros de la población a ser regulada. En este sentido, el liberalismo clásico, en tanto conjunto más o menos consistente de programas políticos, está en la base del ciudadano entendido como individuo activo y autocentrado. El gobierno a través de lo social, por su parte, explica la ciudadanía como el ejercicio cívico de un individuo solidario. Y el liberalismo “avanzado” de las últimas décadas, en fin, representa el trasfondo del individuo autónomo y emprendedor, cuya identidad se inserta en un denso entramado de lealtades comunitarias (Rose, 1996).

Acaso en una de las más recientes ilustraciones del carácter dinámico, heterogéneo y conflictivo del campo de los discursos y las prácticas de subjetificación, la aparición de nuevos modos de representar la subjetividad y de ejercer la ciudadanía estarían apuntando a la conformación de una “forma de vida emergente” en el seno de las democracias liberales de occidente. En su último libro publicado, *The Politics of Life Itself*, Rose (2007) desarrolla las distintas facetas de este proceso incipiente de reorganización de las gubernamentalidades. Se trata de un fenómeno al que es dado advertir desde la perspectiva de los efectos que las biotecnologías provocarían sobre nuestra



existencia. En virtud de los recientes desarrollos en dicha área—plantea el argumento de Rose—, se constataría un cambio en la escala de la “mirada clínica” con arreglo a la cual la vida humana es abordada por la biomedicina.

Los conceptos que constituyen el nuevo paradigma de las ciencias de la vida proyectan su inteligibilidad, ya no sobre un plano “molar”, sino más bien “molecular”. En consecuencia, los vínculos entre el sentido de la subjetividad y las condiciones del organismo humano se estrechan. Toda vez que los propios procesos vitales, considerados a nivel de sus elementos constitutivos, ingresan en tanto objeto de intervención en el campo de las opciones tecnológicas posibles, el sentido del yo adquiere una coloración estrictamente biológica. El espacio profundo de la interioridad—ese dominio subjetivo cuya definición y operatividad respondía al régimen de verdad de los discursos psi—es sometido a un “achatamiento”, de donde adviene un nuevo tipo de “individualidad somática”. Conforme la identidad y los proyectos de vida arraigan cada vez con mayor intensidad en la propia configuración orgánica individual, emerge asimismo una forma innovadora de activismo político: la “ciudadanía biológica” (Rose, 2007).

Este reciente giro investigativo no representa tan sólo la sustitución, en tanto objeto de interés, de los discursos “psi” por parte de los conocimientos sobre el ser humano articulados en el marco de la biología molecular y las neurociencias. Esta apuesta de Rose comporta, además, el aflojamiento de la vocación “genealógica”, cuyo lugar es ocupado por la incitación a hacer una “cartografía del presente” que ponga de relieve el carácter abierto e indeterminado de los futuros posibles.

Ante semejante modulación de la crítica, cuanto menos podemos desprender una conclusión nítida: los estudios de la gubernamentalidad nos advierten que los desafíos a los que se enfrentará la biopolítica del siglo XXI serán de naturaleza eminentemente *ética*. Éstos entrañarán, en efecto, el abordaje de los conflictos en torno a los innumerables criterios y normatividades en función de los cuales es posible predicar el valor de la vida humana.



Referencias bibliográficas

CASTORIADIS, Cornelius. (1975). *L'institution imaginaire de la société: L'imaginaire social et l'institution*. Paris: Edicions du Seuil.

HADOT, Pierre. (2002). *Exercices spirituels et philosophie antique*, (2ª ed). Paris: Albin Michel.

LATOUR, Bruno. (2005). *Reassembling the social. An introduction to an Actor-Network-Theory*. New York: Oxford University Press.

O'MALLEY, Pat. (1996). Risk and Responsibility, en Barry, Andrew; Osborne, Thomas y Rose, Nikolas (Eds.), *Foucault and Political Reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. Chicago: University of Chicago Press.

O' MALLEY, Pat. (2009). *The Currency of Justice. Fines and Damages in Consumer Societies*. London: Routledge-Cavendish.

POPPER, Karl. (1959). *The Logic of Scientific Discovery*. New York: Harper Torchbook.

ROSE, Nikolas. (1989). *Governing the soul*. London: Free Association Books.

ROSE, Nikolas. (2003). Identidad, genealogía, historia. En Stuart Hall & Paul Du Gay, (comp.) *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 214-250). Buenos Aires: Amorrortu.

ROSE, Nikolas. (1998). *Inventing our selves. Psychology, power and personhood*. New York: Cambridge University Press.

ROSE, Nikolas. (1999). *Powers of Freedom: Reframing Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

ROSE, Nikolas. (2007). *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*. Princeton: Princeton University Press

ROSE, Nikolas y MILLER, Peter. (2008). *Governing the Present*. Cambridge: Polity Press.

VEYNE, Paul. (1996). *Séneca y el estoicismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

WRIGHT MILLS, Charles. (1959). *The Sociological Imagination*. New York: Oxford University Press.

Notas

¹ "I think it is useful to take Foucault's ideas about government as a starting point for these investigations. But I do not think that there is some general theory or history of government, politics or power latent in Foucault's writings, which should be extracted and then applied to other issues. There are those who seek to be Foucault scholars. That is their privilege. I advocate a relation to his work that is looser, more inventive and more empirical. It is less concerned with being faithful to a source of authority than with working within a certain ethos of enquiry, with fabricating some conceptual tools that can be set to work in relation to the particular questions that trouble contemporary thought and politics" (Rose, 1999: 4-5).

² Entrevista con Nikolas Rose, realizada por Vanina Papalini para *Astrolabio Nueva Época*. 30 de Mayo de 2012.

Fecha de recepción: 4 de junio de 2012. Fecha de aceptación: 24 de junio de 2012.